

3 Dios creó al hombre para la inmortalidad.

Lectura del libro de la Sabiduría 2: 1-5, 21-23

Los impíos, razonando equivocadamente, se dijeron:

“Triste y corta es la vida, e irremediable el trance final del hombre. Por casualidad nacimos y pasaremos como si no hubiéramos existido; nuestra respiración es humo, y nuestro pensamiento, la chispa de un corazón que late. Cuando la chispa se apague, el cuerpo se convertirá en ceniza y el espíritu se desvanecerá como la brisa. El tiempo hará que nuestro nombre se pierda en el olvido y nadie se acordará de lo que hicimos; nuestra vida pasará como el rastro de la nube, se disipará como neblina, acosada por los rayos del sol y abrumada por el calor. Nuestra vida es el paso de una sombra y nuestro fin es irreversible. Nuestro destino está sellado: no hay retorno.”

Esto es lo que piensan los impíos, pero se engañan, porque su maldad los ciega. No conocen los designios de Dios, no esperan el premio de la virtud, no valoran la recompensa de una vida intachable. Dios creó al hombre para la inmortalidad y lo hizo a imagen de sí mismo.

Palabra de Dios.